

Londres, 12 de Julio 1841.

Querido Ellis: No puedo enviarle... *Virgilius*, porque no tengo una copia para mí ahora ni tiempo de sacarla. Cuando usted vuelva, espero haber concluido otra balada sobre el lago Regillus. No me cabe duda de que el autor de la canción original fué Homero, porque la batalla del lago Regillus es una batalla completamente homérica; creo que su autor ha presenciado la lucha al lado del cuerpo de Patroelo; hablaremos más acerca de esto. Estoy en disposición casi de publicar un pequeño volumen inmediatamente, y para ello me anima la aprobación de todos los que han visto estos trabajitos cortos, que satisfacen tanto á los literatos como á los que no lo son.

He tomado una serie muy confortable de cuartos en Albany, donde espero llevar durante algunos años una vida que me es particularmente grata, la vida de colegio, en el extremo occidental de Londres. Tiene mi habitación un cuarto de entrada, dos para estar, una alcoba, una cocina, sótanos y dos cuartos para sirvientes, todo por noventa guineas al año, y esto en una situación que ningún hijo de un duque puede avergonzarse de poner estas señas en su tarjeta. Esperó que tengamos allí almuerzos muy agradables, por no decir nada de las comidas. Mi ama de llaves hace muy bien algunos platos y el Clarendon está á un ciento de varas.

Confieso que me deleitan mucho nuestros proyectos políticos. Una oposición fuerte es lo que necesitamos. Yo estaría muy satisfecho, si al fin pudiese concluir una historia de Inglaterra, desde la Revolución hasta el advenimiento de la casa de Hannover, y acaso en-

tonces deseara avanzar unos pocos años, probablemente hasta trescientos, que es lo que yo había supuesto. He andado triunfalmente por Edimburgo y muy barato, cosa que creo no podrá decir otro hombre alguno en todo el reino. Cuatro veces ha sido enviado al Parlamento por ciudades de más de ciento cuarenta mil habitantes, y todas estas cuatro elecciones juntas no me han costado quinientas libras.

Sus canciones de usted son deliciosas. Me gustan *Ips*, *Gips*, y sobre todo *Johnson*. *Napoleón* es excelente, pero con dificultad iguala á *El asno sabe á dónde va*.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

La predilección de Macaulay por la musa de las calles había ya proporcionado á los periódicos más de alguna anécdota contra él, y constituye uno de los pocos hechos personales que el público ha conservado en su imaginación acerca de Macaulay. El compraba todas las canciones de medio penique que llegaban á sus manos, siempre que fuesen decentes y genuinos é indudables poemas del pueblo. Ha dejado reunidas en un libro ochenta canciones populares, la mayor parte bastante vigorosas y pintorescas á pesar de los defectos que puedan tener en la rima y gramática, impresas sobre el papel malo y descolorido, encabezadas con viñetas de ejecución grosera que con frecuencia no tienen la más remota relación con el asunto que suponen ilustrar. Entre las joyas de su colección, él contaba: «Platón, una canción favorita», que comienza con una serie de cuestiones en que no es cier-

tamente fácil demostrar las trazas del estilo literario empleado por el gran dialéctico.

[Decía Platón: ¿Por qué sería el hombre vano,
después que la generosa Divinidad le ha hecho grande?
Porque mira con insolente desdén
á aquellos no adornados con pompa ó posición

Está demás decir que Macaulay conocía la situación, y en este período de su vida, hasta el capital de los comercios de libros en Londres. «Después de las horas de oficina», dice su hermano Carlos, su principal descanso eran excursiones conmigo por las angostas calles de la City. Entonces era cuando él comenzaba á hablar de su idea de devolver á la poesía las leyendas que le había robado la historia; y en estos paseos fué cuando oí por primera vez de sus labios las canciones de Roma, que no se publicaron hasta algún tiempo más tarde. Nunca me he enterado del mecanismo de su inteligencia tan claramente como en estos paseos. Era muy apasionado por discutir cuestiones psicológicas y éticas, y aun algunas veces, pero más rara vez, alzaba algo el velo tras del cual se escondían sus opiniones religiosas.

El 19 de Agosto comenzó á ocuparse el Parlamento de hacer efectiva la decisión del voto de los habitantes de las chozas. Una enmienda á la petición, tan larga como la mitad de esta, cuyo punto capital era una representación respetuosa á Su Majestad, aconsejándola que no conservase al ministerio en su puesto, porque éste no tenía la confianza del país, fué simultáneamente presentada en ambas Cámaras. Pasó adelante la primera noche del debate por una mayoría de setenta y dos individuos en la de los lores y en la cuarta noche en la de los Comunes por una mayoría de noventa

y uno. Macaulay votó con sus colegas, pero no levantó su voz en contra de aquella proposición, que fuera de aquél no le hubiera dejado de ser simpática, porque ya algún tiempo antes había hecho él alguna indicación en este sentido.

Londres 27 de Julio de 1841.

Querido Napier: Me hallo realmente contento de que esté usted satisfecho. No entiendo lo que Brougham quiere decir objetando lo que he dicho acerca del primer lord Holland. Lady Holland me dice que difícilmente podría ella concebir que yo hubiese adquirido una idea tan exacta de su marido.

No estoy desanimado por el resultado de las elecciones, porque á la verdad, han sido superiores á lo que yo esperaba. Quizá he tenido siete ú ocho votos más, y esto sin pedirlos. Puedo decir con verdad que no he sido desde hace mucho tiempo tan feliz como soy ahora. Antes de ir yo á la India no podía pensar ni siquiera en la probabilidad de formar parte del gobierno, sino en que había de vivir de mi pluma y ver á mis hermanas de ayas. La India fué para mí un destierro. Cuando volví estuve por algún tiempo en libertad; pero tenía ante mí la perspectiva de volverme á marchar á los pocos meses, y probablemente para siempre, con mi querida hermana y su hijo. Aquella amenaza desapareció hallándome yo empleado, miembro de un gobierno desgraciadamente débil y luchando por la existencia. Ahora soy libre é independiente. Mi familia está en una posición confortable. Yo tengo tiempo para consagrarme á la literatura sin verme reducido á la necesidad de escribir

para ganar dinero. Si yo hubiese tenido que elegir un lote de entre todos aquellos en que está repartida la vida humana, estoy seguro de no haber elegido ningún otro que el que me ha cabido en suerte. Me hallo sincera y enteramente contento.

Siempre de usted,

T. B. MACAULAY

CAPÍTULO V

1841-1844

Macaulay establecido en Albany.—Cartas á Mr. Napier.—Warren Hastings y el Vicario de Wakefield.—Laigh Hunt.—Duda de Macaulay acerca de la conveniencia de publicar sus ensayos.—Lord Palmerston como escritor.—Las canciones de Roma.—Hermosa conducta del profesor Wilson.—Publicación de los ensayos por segunda vez.—La vida de Adison por mis Aikin.—Macaulay en la oposición.—La cuestión de la propiedad literaria.—Lord Ellenborough es vuelto á llamar.—Macaulay como orador público: opiniones de los periodistas.—Expedición al Loire.—Cartas á Mr. Napier.—Cuestiones en el Parlamento.—Pago del clero católico romano irlandés.—Barère.

El cambio de gobierno fué todo menos una desgracia para Macaulay. No perdió más que una renta, que él podía muy bien recuperar de otro modo, y cuyo valor había de ser dentro de muy poco tiempo reemplazado con ventaja con el trabajo de su pluma, y en cambio ganaba su tiempo, su libertad, el poder de hablar lo que pensase, escribir cuando quisiera y vivir á su gusto. El plan de vida que eligió fué determinado por sus gustos y la naturaleza de sus aficiones. Hacia fin del año 1840 Mr. y Mrs. Trevelyan volvieron á Clapham, y Macaulay dejó la casa de Great George Street y se acuarteló en unos cómodos salones de un piso segundo en Albany; aquel voluptuoso monasterio cuya inviolable tranquilidad producía tan agradable contraste con el ruido y movimiento del tráfico de Picadilly. Sus cuartos, situados en la esqui-